

1

No hay historia más vieja que la del regreso del que se fue, y siempre creí que, si Adán hubiera regresado al Edén para pasear, a mitad del camino de la vida, una vez más por aquel jardín en ruinas, habría sentido una extraña nostalgia al rememorar su caída. Sin embargo, yo no sentía esa nostalgia hacia Kingdom County. De hecho, cuando me marché, jamás pensé que volvería, que reconocería la mirada sospechosa del sheriff Porterfield cada vez que me cruzaba con él por las calles de la ciudad. Nunca me había dicho nada, pero sabía lo que pensaba:

«Sé que estuviste allí».

El viejo sheriff estaba en una esquina a escasos metros de mí cuando subí al autobús con destino a California pocos días después de los asesinatos. Tenía la misma mirada acusatoria, pero le añadió una sonrisa cómplice mientras el autobús se alejaba.

«Sé lo que hiciste.»

Yo acababa de cumplir los diecinueve; era un chico que iba a la universidad con una beca bajo el brazo y que sólo buscaba huir de aquel acto sangriento, construirse una vida lejos de Kingdom County y totalmente distinta a la que había conocido allí. Si el día que subí a aquel autobús estaba seguro de algo, era que jamás volvería a vivir en Kingdom County, que jamás tendría que volver a sufrir esa pobreza y esa desesperanza y, sobre todo, que jamás tendría que soportar las oscuras sospechas del sheriff Wallace Porterfield.

Sin embargo, cuando mi padre enfermó, no tuve más remedio que regresar. Mi madre y mi hermano Archie habían muerto, y no había nadie más que pudiera hacerse cargo de él. Y, a pesar de que no tenía nada en común con mi padre, ni siquiera un recuerdo dulce de mi infancia a su lado, no podía permitir que muriera solo.

No había ninguna duda de que se estaba muriendo. El doctor Poole me lo dejó claro cuando, a los pocos días de haber regresado, fui a su consulta.

—Quiero saber exactamente cómo está —dije.

El médico se reclinó en la silla.

—No llegará a finales del verano, Roy.

Esa tarde hacía un calor sofocante e, incluso mientras el doctor y yo hablábamos cara a cara en su despacho, sabía que, a escasos kilómetros, mi padre ya se habría encerrado en su calurosa habitación y habría cerrado la puerta, como siempre. Era un acto que reflejaba también el encierro en sí mismo, un lugar tan sofocante y caluroso como la habitación.

—En la última fase del cáncer de hígado, no hay mucho que podamos hacer —añadió—. Así que yo no perdería el tiempo con falsas esperanzas.

—No lo he hecho nunca —respondí, de forma natural.

—¿Qué te ha dicho Jesse de su situación?

—Que tiene cáncer, nada más. No mencionó que estuviera en la última fase de nada. Ni siquiera me pidió que volviera.

—Bueno, me alegro de que lo hayas hecho —me dijo el doctor Poole—. Puedes ayudarlo a estar más cómodo.

—Haré lo que pueda —respondí, escuetamente.

Ayudarlo a estar más cómodo, ese era el único objetivo cuando decidí volver a casa, encargarme de las necesidades más inmediatas de mi padre, nada más. No había vuelto para reconciliarme con él, obtener su aprobación o confesar nada. En mi opinión, mi padre era un hombre grosero e ignorante que se enorgullecía de

su grosería y su ignorancia; las exhibía con orgullo. Tanto que, a menudo, parecía decidido a ofenderme, siempre ahí tirado en su habitación húmeda y desordenada, en calzoncillos y camiseta de tirantes, con las piernas abiertas y un cigarro consumiéndose entre sus arrugados dedos. Por la noche, mientras cenábamos, se limpiaba la boca con el reverso de la mano y sorbía sonoramente el último trago de té helado, lanzándome una mirada desafiante mientras dejaba el vaso en la mesa. Se pasaba el día y la noche viendo estúpidas series en el televisor, una tras otra, tan entretenido con los anuncios como con los propios programas. Incluso mientras dormíamos parecía dispuesto a molestarme, porque no dejaba de moverse de forma brusca mientras murmuraba el nombre de mi hermano: «Archie, Archie», como si quisiera dejarme claro que hubiera preferido que fuera mi hermano muerto quien estuviera a su lado en sus últimos días.

Podría haber atribuido tanto rencor al hecho de que mi padre se estaba muriendo y que, por lo tanto, era infeliz. Pero es que él siempre había sido infeliz. No podía recordar ni un momento de su vida en que no fuera presa de una infelicidad rencorosa. Y tampoco me sorprendió que, en sus últimas semanas de vida, ese perturbador fantasma lo siguiera acosando sin tregua, sin clemencia, decidido a perseguirlo hasta la tumba. A veces, incluso me parecía escucharlo alrededor de mi padre, una voz tan seca como el sonido del viento que atraviesa los campos de maíz mustios.

Sin embargo, el origen de la infelicidad de mi padre seguía siendo un misterio. Jamás había hablado de su vida ni me había dado la más mínima pista sobre su misterioso pasado. Por lo tanto, al final llegué a la conclusión de que le pasaba lo mismo que a mí, que su infelicidad era consecuencia de las decisiones que había tomado. Y, aunque nuestras decisiones habían sido totalmente opuestas, prácticamente estábamos en el mismo barco. Mi padre había pasado por un mal matrimonio. Yo había decidido no

casarme. Él había tenido dos hijos y, de un modo u otro, los había perdido. Yo no había tenido hijos. En ambos casos, el sueño de una familia se había desvanecido y la vida nos había dejado solos a los dos; mi padre sólo esperaba que le llegara la muerte y yo sólo esperaba el día en que pudiera volver a alejarme del lugar del que había huido hacía muchos años.

Sin embargo, como descubrí a los pocos días de llegar a Kingdom County, ahora mi deseo de huir era más profundo, era la necesidad de dejar atrás su sangriento legado de una vez por todas. Porque ahora ya había entendido que la violencia se apodera para siempre de aquello que toca. Puedes lavar la sangre pero no su recuerdo, ni de quién era, ni cómo se derramó. La inocencia es frágil y la violencia la sacude. Unas simples tijeras aportadas como «Prueba A» en un juicio jamás pueden volver a cortar el hilo de una cometa.

Echar una ojeada a mi habitación y localizar la vieja guitarra de Archie en un ángulo evocaba, al instante, el sonido de un disparo y una nube de humo azul.

Mi hermano y yo compartimos esa diminuta habitación desde que fuimos niños hasta la última noche que él pasó en casa. Allí hicimos grandes planes, casi siempre para escaparnos, primero de Kingdom County y, después, a lugares desconocidos. Fue en esa habitación donde tomé la decisión de ir a la universidad y donde después rellené todos los formularios necesarios. Allí leí la carta de aceptación, que venía acompañada de una beca, en medio de la locura, saltando encima de la cama mientras Archie me miraba en silencio.

También fue en aquella habitación donde Archie mencionó a Gloria por primera vez y donde, después, me dijo que estaba enamorado de ella. Más adelante, me confesó que querían casarse, marcharse a Nashville, encontrar un piso e ir cada sábado por la noche al Grand Ole Opry. La pequeña caja de metal que

hacía servir de hucha todavía estaba en la mesa de madera que había debajo de la ventana. Todavía podía oír el tintineo de las monedas mientras mi hermano las contaba cada noche e intentaba calcular, a su confusa e insegura manera, cuánto dinero necesitarían para llegar a Nashville y sobrevivir hasta que consiguiera ganarse la vida como cantante de country.

Sin embargo, a pesar de los grandes planes, estos jamás fueron a más y el dinero siempre escaseó, así que no me lo tomé demasiado en serio ni me preocupé en exceso. Pero, al final, lo hizo o, al menos, lo intentó cuando salió de casa con sigilo una noche de diciembre, condujo por las carreteras durante horas, acumulando valor hasta que, al final, aparcó junto al enorme seto del número 1.411 de County Road. Incluso cuando imaginaba todo lo que había sucedido después, me aseguraba de hacerlo con cierta distancia, como si lo viera desde las alturas. Sólo recordaba el buzón, decorado con una guirnalda navideña y cubierto de nieve, de modo que el nombre de la familia escrito en el metal oscuro quedaba casi oculto.

En cuanto a Archie, casi siempre lo veía de niño, vestido con vaqueros y una camiseta blanca, tocando la guitarra y cantando canciones country. En mis recuerdos, estaba en todas partes. Sentado en las escaleras del porche o en la mesa de la cocina. A veces lo veía en la cama, sentado en ropa interior, hojeando un cómic. Otras veces lo recordaba a los diecisiete años, apoyado en el marco de la puerta de atrás, con la mirada perdida en el jardín y las manos en los bolsillos, pensando en Gloria, seguro, y sufriendo las consecuencias del amor.

También veía a mi madre, ya muerta, pero siempre como una figura acurrucada junto a la cama, arrodillada en el suelo, con las manos juntas frente a los ojos cerrados y soñando con un cáliz que se pudiera compartir, con pecados que pudieran perdonarse, con la salvación de los ladrones buenos.

Ahora, en cambio, en la casa donde mi madre había muerto, yo sólo veía recuerdos de lo que no podía deshacerme. El pequeño cajón donde mi padre guardaba la pistola. El marco de plástico que una vez acogió la foto de Gloria. El bate de béisbol de Archie apoyado contra el cabezal de la cama de mi padre. El collar de Scooter entre los trastos acumulados en el armario. Todo tenía la marca de la desgracia de nuestra familia, de todo lo que habíamos huido, de todo lo que habíamos pasado, el sufrimiento que habíamos vivido y el que habíamos infligido.

Así pues, incluso durante los últimos días de vida de mi padre, me vi cuidando de él y de la casa que él siempre había odiado pero que nunca había abandonado, aunque siempre salía por piernas a la más mínima oportunidad, igual que yo de niño.

Ese niño parecía ahora más lejos que mi madre o Archie. Jamás lo veía en mi antigua habitación, ni leyendo un libro en el sofá naranja, soñando con ir a la universidad, con irse «al norte» o «al oeste», con ser profesor, casarse y tener hijos, con encontrar una felicidad sencilla. Si lo veía alguna vez, era como el chaval de diez años que en una ocasión había arrastrado a Archie con él en sus planes de fuga, repitiéndole sin cesar lo fácil que sería («Podemos irnos por la noche, llegar a Saddle Rock y dormir allí. Por la mañana iremos a Kingdom City y subiremos a un tren»), hasta que lo convencí para que me acompañara.

Ese sueño de fuga era el único que había cumplido. Ahora llevaba veinte años viviendo en una pequeña ciudad en el norte de California, donde daba clases de inglés en un pequeño internado que estaba, cual una preciosa joya, junto al mar. En ese mundo idílico, enseñaba Chaucer y Shakespeare a los jóvenes más privilegiados del estado, «mocosos ricos y estirados» según mi padre, a quienes intentaba inculcar los refinamientos de los que careció mi propia infancia.

Desde que me había instalado en California, visitaba a mi padre muy de vez en cuando, y casi siempre en Navidad, cuando mi propia soledad se hacía insoportable y cualquier lazo familiar parecía mejor que ninguno. Un año incluso decoramos un árbol con luces y guirnaldas de colores. Cuando volví en primavera, todavía seguía seco y marchito. Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que mi padre deseaba morir.

Ahora, la sensación de dar la bienvenida a la muerte siempre estaba presente; era como una neblina blanca que surgía del corazón de todo lo que había salido mal: la mujer que jamás quiso, el hijo que había muerto y yo.

Para escapar de aquella neblina, a menudo me marchaba e iba a Cantwell, una pequeña aldea cerca de casa. Únicamente eran cuatro tiendas colocadas alrededor de un cruce de caminos, pero allí podía pasar el rato, aunque sólo fuera con la excusa de ir a comprar comida. Solía decir: «Tengo que ir a comprar varias cosas, papá», y salía corriendo. Al cabo de un rato, volvía con una col o con una caja de cereales, dispuesto a escuchar la regañina de mi padre: «¿Has ido hasta Cantwell sólo por eso?»

Sin embargo, esa tarde en concreto, la tarde en que todo cambió, no puse ninguna excusa para dejar solo a mi padre. Me asomé a su habitación, olí el Vicks VapoRub que solía ponerse en el pecho y los brazos, y dije:

—Salgo, papá.

Él no dio ninguna señal de haberme oído; simplemente se quedó sentado e inmóvil como una estatua de granito frente a la hipnótica luz del televisor.

Había abierto las cortinas de la habitación, que estaban muy sucias y, por la ventana, se veía una cegadora luz de verano que bañaba el jardín reseco donde varios parches de césped descuidados se marchitaban al sol.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya? —le pregunté.

Siguió con la mirada fija en el televisor que hacía unos días le había llevado a la habitación, viendo cómo un luchador lanzaba a otro contra la lona.

—Todo es mentira. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y qué no lo es? —respondió él, agitando la mano en el aire—. Vuelve cuando quieras, Roy. No te necesito.

Con lo que quería decir que nunca lo había hecho ni nunca lo haría.

—Volveré dentro de una hora, aproximadamente —dije.

Una vez fuera, respiré hondo y expuse la cara al sol, como si el aire y la luz bastaran para alejar el residuo tóxico que dejaba mi padre, así como el recuerdo de aquellas últimas y oscuras noches en que estábamos en silencio, con Archie muerto, mi madre en la cama y yo a punto de irme a la universidad a California, con la certeza de que, cuando me marchara, sólo echaría de menos a mi chica, y que volvería a Kingdom County para casarme con ella y luego llevármela a otra parte, marcharnos para siempre sin ni siquiera mirar atrás.

Oía el ruido del televisor en casa, los golpes de los cuerpos musculosos al caer contra la lona y la voz histérica del comentarista narrando las llaves y los golpes.

Cuando llegué junto al coche, me volví hacia la casa. En la habitación de mi padre se veía una luz gris que parpadeaba, débil como cualquier sueño de felicidad que hubiera albergado alguna vez. En cuanto a mí, sólo tenía un sueño: que se muriera el último miembro de mi familia y cerrar, de ese modo, el sangriento capítulo al que nuestro nombre había estado unido durante tanto tiempo.

2

Cuando salí con el coche esa mañana no tenía ningún destino en mente. Desde mi partida, el aspecto de Kingdom County no habían cambiado demasiado. Las mismas calles estrechas y sin pavimentar que se cruzaban, salpicadas de pequeños y plácidos estanques; un mundo rural en el que algún vertedero ocasional de las minas de carbón era señal de industrialización moderna. Los bosques eran frondosos y verdes y la luz del sol se reflejaba en los riachuelos que avanzaban sinuosos entre los árboles. El aire olía a laurel y madreSelva silvestre, y los niños seguían cogiendo moras, igual que Archie y yo, que luego se las llevábamos a nuestra madre en un cubo metálico.

«No digas nada, Roy —me guiñó el ojo—. Nos veremos en el campo de moras.» Fueron las últimas palabras que me había dicho Archie cuando llegué a su celda.

Desde aquella noche, había añadido más detalles que quizá vi ese día, o quizá no, como la forma en que Archie movía los dedos en el regazo, las sombras de los barrotes en su cara, la camiseta blanca debajo del mono naranja de preso. Aunque, por encima de cualquier otra cosa, recordaba su voz. Serena, suave, asegurándome que de alguna manera, en algún otro mundo, dejaríamos atrás el horror de aquella sangrienta noche de nevisca en County Road.

«Es como un cachorro, Roy, así que tienes que vigilarlo —solía decirme mi madre—. Para que no lo atropelle un coche o para que no se vaya con un extraño.»

Ya de niño, descubrí la naturaleza cándida y la falta de previsión de Archie. Yo era el líder de nuestro pequeño grupo de dos, hasta el extremo de que, a veces, mi hermano parecía paralizado sin mí. Mi padre lo dejó claro con su habitual brutalidad: «Roy, cometer un asesinato fue lo único que ese muchacho consiguió hacer sin ti». Una frase que me quemaba el corazón cada vez que él la decía, que me traía a la mente la luz de los faros de mi viejo Chevrolet de camino hacia el 1.411 de County Road, cómo iluminaron el parachoques trasero del Ford negro de Archie, que estaba junto al enorme seto verde, con mi hermano al volante, tenso, perplejo, decidido a actuar aunque incapaz de hacerlo, y su pregunta flotando permanentemente en mi cabeza: «¿Me acompañarás, Roy?»

Todavía conocía a mucha gente por la zona de Cantwell, pero la primera persona a la que reconocí esa mañana fue a Lonnie Porterfield, el hijo del antiguo sheriff que había gobernado Kingdom County como un señor feudal.

Lonnie y yo nos conocimos en el instituto, aunque luego cada uno siguió su camino: él se fue a Vietnam, donde resultó herido de gravedad, por lo que le condecoraron con un Corazón Púrpura y volvió a casa como el héroe conquistador del condado.

Unos años después, Wallace Porterfield se retiró como sheriff de Kingdom County dejando claro que Lonnie, que había sido su ayudante hasta entonces, ocuparía su lugar. Sin embargo, era obligatorio convocar unas elecciones y, durante la campaña, Lonnie exprimió la carta de su pasado militar y basó su candidatura en su experiencia tanto militar como administrativa, después de trabajar tantos años para su padre. Ganó por una amplia mayoría y, desde entonces, ocupaba el cargo de sheriff.

Normalmente, no me habría parado frente a su casa pero, después de tres aburridas semanas en Kingdom County, la idea de hablar con alguien que no fuera mi padre, si es que los tensos intercambios de palabras que manteníamos podían calificarse de hablar, era demasiado atractiva para ignorarla.

Cuando aparqué frente a su casa, Lonnie estaba sentado en una silla de jardín. El coche-patrulla blanco y negro estaba aparcado en el jardín delantero, resplandeciente a la luz del sol. Una estrella dorada de cinco puntas decoraba las dos puertas de delante.

—Vaya, vaya. Roy Slater —dijo Lonnie cuando salí del coche—. He oído que habías vuelto.

Vi un cubo rojo junto a la silla, lleno de agua jabonosa y un paño húmedo colgando del borde.

—¿Lavando el coche en domingo? —le dije—. ¿No hay una ley en Kingdom County que lo prohíbe?

—Yo soy la ley en Kingdom County —respondió él, utilizando las mismas palabras que, sin duda, le había oído pronunciar a su padre miles de veces—. Además, el domingo es el único día que puedo hacerlo. ¿Cuándo has vuelto, Roy?

—Hace un par de semanas.

—Siéntate. Como ves, me estoy tomando un descanso.

Me senté en una silla a su lado.

—No puedo quedarme mucho rato.

—Me he enterado de que tu padre no se encuentra demasiado bien.

—Todavía puede moverse, pero no sé hasta cuándo. El doctor Poole le dio tres meses, y de eso hace días. Ahora ya le queda menos.

—Ha de ser difícil ver morir a tu padre —dijo Lonnie.

Asentí, aunque, personalmente, me parecía más molesto que difícil.

—A mí me da pavor —añadió Lonnie, y luego chasqueó la lengua—. Aunque claro, mi padre es casi indestructible.

Recordé la imagen de Wallace Porterfield, aquella enorme figura delante de la celda de mi hermano, mirándolo como si fuera una cucaracha a la que podía aplastar o perdonarle la vida, según le apeteciera.

Lonnie se refrescó con un abanico de cartón con publicidad de la funeraria Lawson, de Kingdom City, West Virginia.

—Estoy achicharrado. Seguro que te has pasado la mañana como yo, a la sombra de ese enorme árbol que tenéis en el jardín.

—Ya no está —le dije—. Mi padre lo arrancó.

—¿Cuándo?

—Hará unos años. Decía que le bloqueaba la vista.

—¿La vista de qué?

Me encogí de hombros.

—No tiene sentido, Roy. ¿Por qué hace esas cosas?

—No lo sé. Quizá le guste destrozar objetos.

—Es un pelmazo —dijo Lonnie, con una sonrisa—. Lo echarás de menos.

La mentira me salió sin ningún tipo de esfuerzo.

—Sí.

Lonnie cambió de tema enseguida y, unos minutos más tarde, estábamos hablando de política cuando apareció Ezra Loggins con su sucia camioneta.

—Buenos días, sheriff —dijo Ezra, cuando salió del coche.

Lonnie lo saludó con la cabeza.

Ezra se quitó la gorra de béisbol y se echó el pelo castaño hacia atrás mientras se acercaba a nosotros.

—He descubierto algo que creo que debe saber, sheriff.

—¿El qué?

Ezra retorció la gorra entre sus enormes manos.

—Un cadáver. Cerca del riachuelo Jessup.

Lonnie me miró. Luego se volvió hacia Ezra.

—Continúa.

—Bueno, me acerqué, claro. Pero, por cómo estaba colocado, no pude ver mucho. Tenía la cara hundida en la tierra. Sólo pude distinguir que se trata de un hombre. Lo supe por la ropa y por el corte de pelo. Es todo lo que puedo decirle. —Se encogió de hombros—. Parece como si se hubiera muerto allí mismo, al lado del riachuelo.

—¿Es un hombre mayor? —le preguntó Lonnie.

—No lo parecía. No le he visto canas.

—¿Has visto a alguien por allí?

—No. A nadie.

Lonnie se inclinó hacia delante, pensativo, al tiempo que se frotaba las manos.

—No habrás tocado el cuerpo, ¿verdad, Ezra? —le preguntó.

—No.

Lonnie se levantó.

—Muy bien. Vamos a echarle un vistazo. —Me miró—. ¿Quieres venir, Roy?

No se me había ocurrido que me lo pidiera, pero cualquier cosa era mejor que regresar a casa de mi padre, con los golpes de los luchadores contra la lona y el olor a Vicks VapoRub.

—¿Cuánto tardaremos? —le pregunté.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes prisa?

Le había dicho a mi padre que volvería en una hora, pero entonces recordé que me había dicho que volviera cuando quisiera.

—No, no tengo que volver enseguida —respondí.

Lonnie me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera.

—Entonces, vámonos.

Ya habíamos empezado a caminar hacia el coche, cuando la puerta mosquitera de la casa chirrió.

—¿Adónde vas, hijo?

Estaba en el umbral de la puerta como una estatua de piedra; Wallace Porterfield con su severa majestuosidad.

De pequeño, lo veía a menudo, casi siempre frente a la oficina del sheriff, con la mano derecha apoyada en la empuñadura color perla de su pistola. En aquella época, llevaba un gran sombrero negro, con una cinta blanca y una pluma roja. Jamás ningún hombre había parecido más poderoso ante los demás. Sin embargo, no fue hasta después de los asesinatos que sentí el peso de la poderosa presencia del sheriff Porterfield en Kingdom County, el peso de su mirada mientras me seguía por el pasillo hasta la celda donde estaba encerrado mi hermano. Ya habían pasado más de veinte años, pero estaba seguro de que el antiguo sheriff todavía recordaba a Archie sentado en su Ford, muy aturdido, y la carnicería que se encontró detrás de la preciosa puerta blanca de la casa de la colina.

—¿Has acabado de lavar el coche, Lonnie? —le preguntó con brusquedad.

Lonnie parecía empequeñecerse ante la imponente figura de su padre, como si se marchitara ante su intensa mirada.

—Todavía no —respondió.

—¿Y cuándo piensas hacerlo?

—Cuando vuelva —dijo Lonnie.

Wallace Porterfield salió al porche de la casa. Las tablas de madera crujió levemente bajo su peso. Tenía el pelo totalmente blanco. Lo llevaba corto y levantado en la parte frontal, como la gloriosa corona de un cuerpo que parecía resurgir, oscuro y volcánico, de las profundidades de la tierra.

—Nadie respeta a un sheriff que lleva el coche sucio.

—Lo sé —respondió Lonnie—. Pero antes tengo que hacer otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Un pequeño problema en Waylord.

Porterfield se rió, aunque no era una risa de regocijo.

—En Waylord siempre hay problemas.

—Se ve que un hombre ha muerto junto al riachuelo Jessup.

De repente, Porterfield me miró.

—¿Te conozco?

—Soy Roy Slater —dije.

No dijo nada, pero me imaginé las oscuras escenas que le estaban viniendo a la mente: un cuerpo tirado en las escaleras, y otro acurrucado en un rincón.

—Detuvo a mi hermano Archie —añadí.

Cuando miró a Lonnie, no dio ninguna señal de haber oído hablar jamás de mi hermano.

—Será mejor que vuelvas antes del atardecer. En las colinas no somos muy populares, que digamos.

No, no eran demasiado populares. De hecho, dudaba que hubiera habido alguna vez un hombre más odiado entre las personas que vivían en las colinas que rodeaban Kingdom County. Había impuesto la ley del terror y se decía que se había llevado grandes sumas de dinero gracias a sobornos a los propietarios de las minas o sus agentes, aunque costaba ver dónde había ido a parar tanto dinero, excepto en la gran casa que se había construido a un kilómetro de Cantwell.

Porterfield me miró otra vez, igual que hubiera mirado a un pájaro en un árbol. Luego, se dispuso a volver a entrar en la casa. Se detuvo en la puerta y volvió la cabeza del todo hasta que me miró fijamente.

—¿Tú también vas? —me preguntó.

Asentí.

Pareció que la respuesta le daba igual.

—Coge una escopeta —dijo dirigiéndose a Lonnie—. No hay nada como una escopeta para detener a un hombre.